

ateniéndose á la letra de la ley estricta, como un sacerdote que ya no cree, pero se atiene al texto. Pero en su hogar, el drama de amor y de traición había continuado terco, implacable. Después de la muerte de su mujer, que se había suicidado á su vista confesando su culpa, había consumado el desastre su hija Lucila, casada con el capitán Jollivet, á quien hizo que matara un amante antes de huir con él. Era una aventura terrible; la hija coqueta y sensual reproduciendo la traición de la madre, acorralando á su marido en un duelo especie de asesinato. El capitán, llamado por una carta anónima, había sorprendido en flagrante delito á su mujer medio desnuda en brazos de un mocetón, que le había arrojado un cuchillo para reñir sobre el terreno. Según otros, el capitán había buscado la muerte, no se había defendido, por horror de la vida llena para él de amarguras y vergüenzas. Hacía tiempo que se le veía como anquilado. Ya no discutía, no luchaba, dejaba triunfar á la paz y al trabajo, comprendiendo sin duda que ya no servía la espada. Gaume se encontró solo en esta horrible tormenta; su hija había huído; sólo le quedaba su nieto Andrés, de diez y seis años, delicado y afectuoso, triste herencia de la trágica pareja, que el pobre abuelo cuidaba con inquieta ternura. Ya bastaba; el destino vengador que castigaba algún antiguo crimen ignorado, no debía encarnizarse más. Y se preguntaba á qué porvenir de verdadera justicia y de amor fiel consagraría á aquel joven para que su raza renovada fuese dichosa al fin.

Enterado de la consulta, exclamó en seguida:

—Cásenlos ustedes, cásenlos ustedes; si tanto se quieren, que se atreven á luchar con sus familias y á saltar sobre todos los obstáculos. Sólo el amor decide de la dicha.

Sintió aquella confesión que le arrancaba la amargura de su vida entera, pues ya se estaba muriendo, y mentían su rígida actitud, su rostro austero. Añadió:

—No esperen ustedes al señor cura; acabo de encontrarle y me ha dicho que le disculpara. Corría á la iglesia á buscar los Santos óleos para poner la extremaunción á la señora Jollivet, una anciana, tía

de mi yerno, la cual acaba de entrar en la agonía. El pobre Marle pierde con ella una de sus últimas penitentes, y se le caían las lágrimas.

—¡Bah! lo único de bueno que hay en todo esto es el barrer á los curas,—dijo Gourier, que seguía siendo clerófobo.—La república sería todavía nuestra si ellos no nos la hubiesen querido quitar. Empujaron al pueblo á derribarlo todo y hacerse el amo.

—Pobre cura,—repitió con lástima Chatelard;—me da pena en su iglesia vacía; y hace usted bien, señora, en mandarle ramos de flores para la Virgen.

Callaron otra vez; pasó la sombra trágica del sacerdote entre el olor de rosas y el claro sol. Con Leonor había perdido la feligresa más fiel, más querida. La señora Mazelle no creía, en el fondo, pedía á la religión un certificado de buenas ideas burguesas. Sabía el cura su destino, le encontrarían muerto ante el altar, bajo los escombros de la bóveda de su iglesia que amenazaba ruína y que no podía reparar por falta de dinero. Ni en la alcaldía, ni en la subprefectura había fondo para tal cosa. De los fieles había obtenido con trabajo una suma irrisoria. Ahora, resignado, esperaba la caída, celebrando él culto como si no pensara en la amenaza que tenía sobre la cabeza. Su iglesia se quedaba sola, su Dios parecía morir un poco cada día, y moriría con él cuando la vieja casa divina se abriera por todas partes y le pulverizara bajo el peso del gran crucifijo pegado á la pared. Tendría la misma tumba en la tierra, á donde vuelve todo.

La señora Mazelle estaba muy trastornada por sus disgustos personales, para pensar en lo que sería del cura. Si no se resolvía aquello temía caer mala de veras, ella que había gozado con delicia de su enfermedad sin nombre que embellecía su existencia. Se levantó para servir el té que humeaba en la clara porcelana, mientras un rayo de sol doraba los pastillitos sobre los platos de cristal. Y movía ella la cabeza, como convencida.

—Digan lo que quieran ustedes, amigos míos, ese matrimonio es el fin del mundo y no puedo decidirme.

—Esperaremos más,—dijo Mazelle,—agotaremos la paciencia de Luisa.



Marido y mujer quedaron pasmados al ver á Luisa en pie delante de ellos á la entrada del cenador, entre las rosas llenas de sol. La creían en su cuarto, en su silla larga padeciendo del mal sin nombre que sólo el marido amado podía curar, según Novarre. Debíó de creer que se estaba decidiendo su suerte, y poniéndose un peinador de florecillas rojas, atándose el pelo como quiera, se presentó. Estaba encantadora, vibrante de pasión, con su cara menuda en que brillaban los ojos un poco oblicuos, llenos de alegre luz, aun con la pena. Había oído las últimas palabras de sus padres.

—¡Pero mamá! ¡pero papá! ¿Qué estáis diciendo? ¿Creéis que se trata de un capricho de chiquilla?... Ya os lo he dicho, quiero que Luciano sea mi marido y lo será.

Mazelle medio vencido por la brusca aparición, luchó todavía.

—Pero hija desgraciada, piénsalo bien, nuestra fortuna que tu debías heredar ya está comprometida, y un día te verás sin dinero.

—Comprende la situación,—insistió la madre.— Con nuestro dinero, aún comprometido, podrás hacer todavía un matrimonio razonable.

Luisa entonces con vehemencia alegre y soberbia gritó:

—¡Vuestro dinero me importa un pito! Podéis guardarlo. Si me lo diérais, Luciano ya no me querría... Dinero ¿pero para qué? ¿para qué sirve el dinero? ¿Para quererse? No. ¿Para ser feliz? Luciano me ganará el pan; y yo misma si hace falta. Será un gusto.

Hablaba con tal fuerza de juventud y de esperanza, que los Mazelle temiendo por su razón quisieron calmarla cediendo. Además no podían resistir más; querían sobre todo estar tranquilos. Los convidados, bebiendo el té, sonreían comprendiendo que el libre amor de aquella rapazuela los barría como briznas de paja. Había que otorgar, lo que no se podía impedir.

Y concluyó Chatelard amable y apenas burlón.

—Gourier tiene razón; nosotros hemos acabado; los hijos dan la ley.

El matrimonio de Luciano Bonnaire y de Luisa Mazelle, se efectuó un mes más tarde. Chatelard para divertirse él, decidió á Gourier á dar un baile en la alcaldía en honor de los Mazelle. Le pareció divertido hacer bailar á la burguesía de Beauclair en esta boda que era un símbolo del advenimiento del pueblo. Se bailarían sobre las ruinas de la autoridad, pues ya el alcalde no era más que un lazo paternal entre los diversos grupos sociales en la casa de todos. Hubo lujo al adornar la sala, músicas y cánticos, como en la boda de Nanet y Nisa. Y hubo también aclamaciones al presentarse los novios, Luciano, tan sólido y fuerte, con sus camaradas de la Crécherie; Luisa tan apasionada y distinguida seguida de la sociedad cuya presencia habían deseado los padres como protesta suprema. Pero el gran mundo fué sumergido por la ola popular, conquistado poco á poco por la alegría que rebosaba, y también de allí resultaron muchos matrimonios entre las dos clases diferentes. De nuevo triunfaba el amor, el amor omnipotente que inflama al universo vivo y le lleva á su destino feliz.

Y florecía doquiera la juventud; más y más alianzas, parejas que parecían separadas por mundos, marchaban hacia la ciudad futura unidas por el eterno deseo. A su vez el antiguo comercio de Beauclair, próximo á desaparecer, dió sus hijos y sus hijas á los obreros de la Crecherie y á los aldeanos de Combettes. Augusto Laboque se casó con Marta Bourron y Eulalia Laboque con Arsenio Lenfant. Hacía algunos años que los Laboques ya no luchaban. Consintieron primero, que su tienda fuese simple depósito de la Crécherie. Y después la cerraron, y Lucas les aseguró una especie de retiro con un empleo de vigilancia. Viejos ya, vivían aislados, amargados, mirando con miedo aquel mundo, que no tenía su pasión de lucro sinó otras alegrías. Sus hijos se casaron á su gusto, sin más que el escondido disgusto de sus padres. Las bodas fueron el mismo día, en Combettes, que era ya un gran arrabal de Beauclair, alegre y rico. La ceremonia se celebró cuando la recolección, el último día, cuando los haces enormes se levantaban en la inmensa llanura dorada.



Ya Feuillat había casado á su hijo León con Eugenia, hija de Yvonnot. Ahora, muy anciano, era como el patriarca de esta Sociedad agrícola que él había soñado. Este simple colono primero, duro y rapaz como todos los de su clase llegó á amar de veras la tierra donde habían sido explotados sus ascendientes. Y vió al fin realizada su ambición, las tierras reunidas, fecundas, abundantes, camino de la conquista total de la llanura inmensa de la Rumaña. Con Lenfant é Yvonnot formaba una especie de consejo de los ancianos, consultado para todo.

También para celebrar estas bodas hubo una gran fiesta, la fiesta de Combettes pacífico, rico, triunfante. Se iba á beber por la fraternidad del aldeano y del obrero industrial, antes puestos uno frente á otro. Se brindaría también por la desaparición del bárbaro comercio; y qué mejor ocasión que la del día, en que las castas enemigas se unían en felices matrimonios. Fué al aire libre, cerca del lugar, en un ancho campo donde se extendían en columnas simétricas, como de un templo gigantesco, los altos haces, color de oro bajo el claro sol. Al infinito, hasta el lejano horizonte, se prolongaba la columnata de haces y más haces mostrando la fecundidad inagotable de la tierra. Allí se cantó, se bailó, entre el buen olor del trigo maduro, en medio de la inmensa llanura fértil que ya daba pan para todos, reconciliados.

Los Laboque trajeron á todo el antiguo comercio de Beauclair, los Bourron, á toda la Crecherie. Los Lenfant, estaban en su casa. Si los Laboque no estaban contentos los demás sí, y la alegría la trajo Babette Bourron que triunfaba con su eterno buen humor, anunciando la dicha.

Al aparecer los novios, hubo también aclamaciones; todo el pueblo se alegraba porque representaban aquella hermandad, aquella abundancia en cuyo seno iba á pulular un pueblo libre, unido, sin odio y sin hambre.

Aquel día se arreglaron otros matrimonios, como en las bodas de Luciano Bonnaire y de Luisa Mazelle. La señora Mitaine, guapa todavía con sus sesenta y cinco, besó á Olimpia Lenfant diciendo que deseaba llamarla su hija, pues su Evaristo le había confesado

que la adoraba. Diez años hacía que se le había muerto su marido y había dejado la panadería, fundida con la Crécherie como casi todo el comercio al por menor. Vivía con su Evaristo, muy orgullosa de que Lucas les hubiese confiado la dirección de las bregaderas eléctricas, de donde salía ahora en abundancia un pan ligero y blanco para todo el pueblo. Mientras Evaristo besaba también á Olimpia, roja de placer, por vía de esponsales, la Mitaine reconoció en una viejecita flaca y negra sentada junto á un haz, á su antigua vecina la señora Dacheux la carnicera. Se sentó junto á ella.

—¿No es así?—le dijo alegre,—todo esto debe acabar en bodas pues toda esta gente menuda, en otro tiempo jugaban juntos.

Pero la Dacheux seguía muda y sombría. Ella también había perdido á su marido, muerto á consecuencia de un golpe torpe de la cuchilla que le había cortado la mano derecha. Según ciertas gentes no había sido torpeza, sino que el carnicero se había cortado la mano á propósito en un acceso de furiosa cólera antes que firmar la cesión de su tienda á la Crécherie. Los últimos sucesos, la idea de que la santa carne, la carne de los ricos, iba á ponerse al alcance de todos, en la mesa de los más pobres, fueron parte sin duda á trastornar el concepto del orden social del hombrachón tiránico, violento y reaccionario, hasta el punto de volverle loco. Y había muerto de una gangrena mal cuidada, dejando á su viuda aterrada, con los últimos juramentos con que la abrumó en la agonía.

—¿Y su Juliana de usted?—preguntó la Mitaine.  
—La he encontrado el otro día; está magnífica.

Tuvo la otra que responder:

—Allí está bailando, la vigilo.

Juliana, en efecto, bailaba en brazos de un buen mozo, guapo, Luis Fauchard, hijo del obrero arrancador. Fuerte, blanca, radiante de salud, se esponjaba feliz en el abrazo apasionado del mocetón vigoroso, de rostro suave, uno de los mejores herreros de la Crécherie.

—¿Conque otro matrimonio?

—¡Oh, no, no,—exclamó la Dacheux temblando;



—¿cómo dice usted eso? Bien conocía usted las ideas de mi marido; saldría de la sepultura si yo casara á su hija con ese obrero, hijo de esos pobres diablos, de esa Melania que se pasaba la vida pidiendo al fiado carne para un puchero, y á quien él arrojó tantas veces de la tienda porque no pagaba.

Siguió contando sus tormentos en voz baja y temblorosa. Su marido se le aparecía de noche; hasta muerto la imponía su autoridad despótica, la reñía y zarandeaba con diabólicas amenazas. Ni viuda encontraba un poco de paz la pasmada viejecita.

—Si casara á Juliana contra su gusto, vendría todas las noches á injuriarme y á pegarme.

Lloraba, y la Mitaine le dió ánimos, asegurándole que para curarse de pesadillas, lo mejor era hacer feliz á la gente. Por azar, Melania la quejumbrosa se había acercado con paso indeciso. Ya no padecía la atroz miseria de antaño; ocupaba una de las casitas claras de la Crécherie con Fauchard, que acababa de dejar todo trabajo, inválido, atontado. Vivía con ellos su hermano Fortunato, de cuarenta y cinco años á penas, y cuyo trabajo de bruto, maquina, uniforme, desde los quince años en el Abismo, había hecho de él un viejo antes de tiempo, medio sordo y ciego. Por todo lo cual, á pesar del bienestar presente, seguía ella quejándose por causa de aquellos dos desgraciados, ejemplo y lección de las vergüenzas y dolores del salario, legado á las generaciones nuevas.

—¿No ha visto usted á mi gente?—preguntó á la Mitaine.—Los he perdido entre el barullo... ¡Ah! aquí están.

Se vió pasar cogidos del brazo, con paso tembloroso, á los dos cuñados, Fauchard hecho una ruina, como un aparecido del trabajo deshonrado y doloroso, Fortunato aniquilado también, imbécil. Y pasaban entre la multitud vigorosa, que rebosaba vida nueva, esperanza, por medio de los haces bien olientes en que se amontonaba el trigo de todo un pueblo; iban en paz paseando su decrepitud, sin comprender, sin responder á los saludos.

—Déjelos tomar el sol, eso les conviene—añadió la Mitaine.—¿Y su hijo de usted? ¿Es fuerte, alegre?

—¡Oh! ya lo creo; Luis está muy sano. Ahora los

hijos no se parecen á los padres. ¡Mire usted como baila! Nunca conocerá el frío y el hambre.

La panadera, alma buena, procuró y consiguió arreglar allí mismo el otro matrimonio, haciendo entenderse á las dos madres. La pobre señora Dacheux dijo al fin:

—¡Dios mío! bueno, consiento; á condición de que no me dejen sola. Yo nunca he dicho no á nadie; todo era él. Pero si todos andan en ello, prometan defenderme y hagan lo que quieran.

Al saber aquello Luis y Juliana, abrazaron á las buenas mujeres entre risas y lágrimas. Y entre tanta alegría, fué una alegría nueva. La Mitaine recordó los tiempos en que Evaristo ofrecía tortas en la panadería á Olimpia Lenfant. Recordó también á Luis Fauchard jugando con Juliana cuando niños. Y habló de los Laboque, los Bourron, los Lenfant, los Yvonnot que ahora se casaban, y ya jugaban juntos de pequeñuelos mientras los padres se desgarraban luchando.

Se habló de más bodas, de que eran ya prometidos Sebastián Bourron y Agata Fauchard, Nicolás Yvonnot y Zoa Bonnaire.

El amor soberano extendía sin cesar la reconciliación, acababa de fundir todas las clases. El había fecundado la llanura, él hacía estallar los árboles con los frutos, había cubierto los surcos con tal abundancia de trigo, que los haces extendían hasta el horizonte el templo de la paz. Iban sus alas en el potente olor de esta fertilidad, presidía á las nupcias felices que harían pulular generaciones más libres y más justas. Y hasta la noche, á la luz de las estrellas, duró la fiesta, triunfando el amor; juntando los corazones, entre los bailes y los cánticos de aquel pueblo gozoso que iba á la unidad y á la armonía futuras.

Pero en esta fraternidad invasora, había un hombre, un ascendiente, el maestro fundidor Morfain que quedaba en pie, aparte, mudo y salvaje, sin poder, sin querer comprender. Seguía siendo como uno de los Vulcanos prehistóricos, en su agujero de rocas, junto al horno alto que tenía que vigilar; y ahora vivía solo como solitario, deseoso de separarse del tiempo, rota toda relación con las generaciones nacientes. Ya



cuando su hija Azulina había partido para ir á vivir el sueño de amor con Aquiles Gourier, el príncipe encantado de sus noches azules, había él sentido que los tiempos nuevos le quitaban lo mejor de sí mismo. Después, otra aventura sentimental le había llevado á su hijo el mocetón, el buen gigante vigoroso, Petit-Da, que, de repente, se había enamorado de la hija de Caffiaux el tabernero, Honorina, una morenilla bizca y lista. Primero se había negado con violencia á consentir en tal matrimonio, porque despreciaba á aquella gente de conducta sospechosa, familia de envenenadores, los cuales le devolvieron su desdén mostrando vanidosa repugnancia de casar á su hija con un obrero. Pero Caffiaux cedió primero, hábil y flexible como siempre. Tenía un buen empleo como jefe de vigilancia de los Almacenes generales de la Crécherie, dejaba ya la taberna, y se olvidaba lo pasado y fingía gran devoción á las ideas nuevas. Temía perjudicarse negándose testarudo al matrimonio. Entonces Petit-Da, apasionado, había prescindido de su padre. Una terrible reyerta había seguido á la completa ruptura entre ambos. Y desde entonces el maestro fundidor emparedado en su roca, solo vivía, solo hablaba para dirigir su horno alto, como fiero espectador inmóvil de las edades muertas.

Años y años pasaron sin que el viejo Morfain pareciese siquiera envejecer. Era siempre el vencedor del fuego, el coloso de la enorme cabeza tostada, de nariz aguileña, ojos con llamas, entre mejillas que parecían arrasadas por la lava; la boca en tortura, que ya no se abría, conservaba el rojo leonado de quemadura. Nada de lo humano parecía que había de impresionarle ya, en el fondo de la soledad implacable en que se había encerrado, cuando llegó á saber que su hija y su hijo pactaban con los otros, los de mañana. Azulina había tenido de Aquiles una niña deliciosa, Leonia, que crecía graciosa y amable. Petit-Da había llegado á tener con Honorina un muchacho fuerte y encantador, Raimundo, inteligente hombrecillo que pronto podría casarse también; pero el abuelo no se dejaba ablandar, rechazaba á los niños. Eran cosas, para él, que pasaban en otro mundo; no le conmovían. En cambio, hundidas sus afecciones huma-

nas, la especie de pasión paternal que siempre había sentido por el horno alto, parecía crecer.

Veía en él un hijo gigante, el mónstruo rugiente de un perpétuo incendio cuyas digestiones de llamas cuidaba él noche y día, hora por hora. Los menores desarreglos, cuando las sangrías brillaban menos, le llenaban de angustia; pasaba noches en claro vigilando las toberas; se sacrificaba como un enamorado en medio de las brasas que su piel ya no temía. Lucas pensó en darle el retiro por su mucha edad, pero no se atrevió, al verle rebelarse temblando; y el héroe del trabajo penoso que tenía el orgullo de haber gastado y quemado los músculos en su faena oscura de conquistador del fuego, no sufrió entonces aquel dolor sin consuelo. Pero la hora del retiro iba á sonar por sí misma, por la inevitable evolución del progreso, y Lucas, compasivo, por bondad, esperó.

Ya Morfain se había visto amenazado, sabía que Jordán buscaba inventos para reemplazar el horno alto, tan lento y pesado, con baterías ligeras y rápidas de hornos eléctricos. Le trastornaba la idea de que podían apagar y derribar el coloso que ardía durante siete y ocho años. Tuvo noticia, alarmado, del primer progreso de Jordán al quemar el carbón al salir de la mina, y supo también que llevaba la electricidad á la Crécherie por cables sin perder nada. Pero como el precio de fábrica seguía siendo muy alto, no temió esta inútil victoria. Durante otros diez años los nuevos fracasos de Jordán le habían alegrado, con oculta ironía, convencido de que el fuego se defendería, no se dejaría jamás vencer por aquella potencia, trueno misterioso cuyo relámpago no veía siquiera. Deseaba la derrota del amo y de sus aparatos; mas, de repente, la amenaza se hace grave, se dice que Jordán ha encontrado el medio de transformar la energía calorífica del carbón en energía eléctrica sin pasar por la mecánica, es decir, suprimiendo la máquina de vapor, cara y molesta. El problema estaba resuelto, el precio de fábrica de la electricidad iba á bajar la mitad, y se podría emplear útilmente en la fundición del mineral de hierro. Ya funcionaban aparatos de producción, se instalaba la primera batería de hornos eléctricos, y Morfain, de-



sesperado, rondaba alrededor de su horno alto, con aire fiero y obstinado, como si quisiera defenderlo.

Sin embargo, Lucas no dió inmediatamente orden de apagar el horno alto, queriendo hacer antes experimentos concluyentes con la batería. Por seis meses ambas fundiciones funcionaron á la par; días muy malos para Morfain, que ya veía condenado al querido mónstruo que guardaba. Todos le abandonaban, ya nadie subía á verlo; toda la curiosidad era para los hornos eléctricos que ocupaban tan poco sitio y que trabajaban tan bien, se decía, y tan pronto. El, lleno de ira, no había querido bajar á ver aquellos inventos, que llamaba, con desdén, juguetes buenos para niños. ¿Cabía destronar el antiguo método, el fuego libre y claro que había dado al hombre el imperio del mundo? A él se volvería, á los hornos gigantes cuya hoguera había ardido durante siglos, sin apagarse jamás. Y desde su soledad, con los pocos hombres de su cuadrilla, silenciosos como él, se contentaba con mirar desde lo alto el cobertizo bajo el cual funcionaban los hornos eléctricos, feliz todavía cuando de noche incendiaba el horizonte con sus grandes coladas brillantes.

Pero llegó el día que Lucas condenó el horno alto, ya oneroso. Se resolvió dejarle apagarse para derribarlo después de la última sangría. Prevenido Morfain, no respondió nada, impasible, con su faz de bronce que nada decía de las borrascas de su alma. Se temió aquella hermosa calma; Azulina subió á ver á su padre con su hija Leonia, y Petit-Da acudió con Raimundo. Un instante, como antaño, la familia, se vió reunida en su cueva de rocas; el padre gigante entre la hija toda azul, por los azules ojos, y el hijo, el buen coloso, ya ganado por los alientos del mañana; y ahora había además la nieta de suave hermosura, el nieto de inteligencia viva en quien se encarnaba la generación nueva, obrera activa de ventura. El abuelo se dejó besar, acariciar; no rechazó á los niños como solía. Aunque se había jurado no verlos nunca, se dejó ahora vencer, acariciar. Pero no devolvía las caricias, con aire de estar ya fuera del tiempo, cual héroe de las épocas desaparecidas en el cual toda humanidad estaba muerta. Era un día de otoño obs-

curo y frío, en el breve crepúsculo cuyo velo de crepón caía del cielo descolorido envolviendo la negra tierra. Se levantó; no rompió su eterno silencio más que para decir:

—¡Vamos! Me esperan; todavía hay una sangría.

Era la última; todos le siguieron al horno alto. Los hombres de la cuadrilla allí estaban sumidos en la sombra, esperando, y vino la faena habitual; el espetón hundido en el tapón de tierra refractaria; la piqueta ensanchada, luego la ola tumultuosa del metal en fusión, arroyo de fuego corriendo á lo largo de las regueras llenando los moldes de charcas encendidas. Otra vez todavía, de aquel surco, de aquel campo de fuego brotaron chispas como mieses, chispas azules de ligereza delicada, cohetes de oro de graciosa sutileza, todo un florecer de azulejos entre espigas de oro. Una claridad deslumbradora, en el triste crepúsculo, vistió de sol el horno alto, las construcciones cercanas, los tejados de Beauclair á lo lejos, el horizonte inmenso. Después todo se apagó, reinó la noche profunda; era el fin; el horno alto había muerto.

Morfain, que había estado mirando, sin una palabra, no se movió; quedó en la sombra como una de aquellas rocas que otra vez envolvía la noche.

—Padre,—dijo cariñosa Azulina,—ahora que aquí ya no hay que hacer, hay que bajar con nosotros. Hace mucho tiempo tu cuarto está dispuesto.

Y Petit-Da, dijo á su vez:

—Padre, ahora te toca descansar, y también en mi casa tienes tu habitación. Te repartirás, te darás un poco á cada uno de tus hijos.

Pero el viejo maestro fundidor no respondía. Un suspiro, al fin, le levantó el pecho con un ruido doloroso, y dijo:

—Está bien; yo bajaré, iré á ver, marcháos.

Pasaron quince días, y no se pudo conseguir que Morfain dejara el horno alto. Se iba enfriando lentamente, y asistía él á su agonía. Quedó allí el último. Palpaba el horno todas las noches, por si no estaba muerto del todo. Mientras sintió un poco de calor, le veló obstinado como á un amigo, cuyos restos sólo se abandonaban á la nada. Pero llegaron los que iban á demolerlo. Y una mañana se vió á Morfain en supre-



ma separación desgarradora, dejar su agujero de rocas y bajar á la Crécherie para ir directamente, con paso firme de gran anciano vencido, al vasto cobertizo de vidrieras bajo el cual funcionaba la batería de hornos eléctricos.

Allí estaban Julián y Lucas con Petit-Da, encargado por ellos de dirigir la fundición, con ayuda de su hijo Raimundo Da, buen obrero electricista.

Jordán siempre estaba presente para dirigir la marcha, deseando perfeccionar el nuevo método que tantos años le había costado.

— Ah, mi querido Morfain,—exclamó contento; —al fin es usted razonable!

Impasible, la cara de color de fundición vieja, el héroe se content  con decir:

—S , señor Jordán; he querido ver su máquina.

Lucas, algo alarmado, le observó, pues había hecho que le vigilaran, porque supo que se le había sorprendido inclinado sobre el tragante del horno alto, aun lleno de brasas, como dispuesto á arrojarle   aquel horrible infierno. Un obrero de su cuadrilla le había salvado de esta muerte, último don de su carne vieja al mónstruo; todo lo que quedaba de su esqueleto cocido y recocado cien veces, como si su gloria hubiera sido acabar por el fuego, tan amado y servido fielmente durante medio siglo.

—Bien parece, bravo Morfain, el ser curioso   su edad,—dijo Lucas sin quitarle los ojos.—Mire usted esos juguetes.

La batería de los diez hornos estaba en fila; diez cubos de ladrillo rojo, de dos metros de altura por un metro cincuenta de ancho. Y sólo se veía por encima la armadura de los potentes electrodos de espesos cilindros de carbón,   la cual venían   juntarse los cables conductores de la electricidad. La operación era muy sencilla. Un tornillo sin fin que obedecía   un bot n hacía el servicio de los diez hornos, conducía el mineral y lo echaba en cada uno de ellos. Un segundo bot n establecía la corriente, el arco, cuya extraordinaria temperatura de dos mil grados podía fundir doscientos kilógramos de metal en cinco minutos, y bastaba dar vuelta   un tercer botón para que la puerta de platino que cerraba cada horno se

levantase, y para que una especie de andén   plaza móvil, cubierto de fina arena, se pusiera en marcha, recibiendo los diez lingotes de doscientos kilógramos que sacaba en seguida al aire para enfriarlos.

— Qu  tal, bravo Morfain?—pregunt  Jordán, alegre como un niño.— Qu  dice usted de esto?

Y le explicó el trabajo producido. Aquellos juguetes,   doscientos kilos de fundición cada uno, cada cinco minutos, llegaban todos juntos   un total de doscientas cuarentas toneladas por día, haciéndolos trabajar solo diez horas. Era un rendimiento prodigioso, sobre todo si se pensaba que el antiguo horno alto, ardiendo día y noche, no llegaba   la tercera parte. Así que los hornos eléctricos funcionaban rara vez más de tres ó cuatro horas, y en eso estaba la comodidad, en poder apagarlos y encenderlos según se necesitase, para obtener al instante la cantidad deseada de materia primera.   Y qué facilidad, qué limpieza, qué sencillez! Casi no había polvo; los electrodos daban ellos mismos el carbono necesario para la carburación del mineral. Sólo se escapaban gases, y las escorias eran tan poco abundantes que desaparecían sin trabajo limpiando todos los días. No más coloso bárbaro cuya buena digestión causaba tantas inquietudes; no más órganos múltiples, molestos, de que había habido que rodearlo, máquina sopladora, continua corriente de aire y tantas otras cosas. Ya no había vientre amenazado de atascarse   de enfriarse. Ya no se hablaba de demolerlo todo por una tobera que funcionase mal. Y luego, todo un ejército en pequeño. Los cargadores atentos junto al tragante, los fundidores golpeando el tapón quemado por las llamas de las sangrías; ya no estaban todos ellos siempre alerta, sucediendo el relevo de día al relevo de noche. En quince metros de largo por cinco de ancho, la batería de los hornos eléctricos, con su acera móvil, cabía holgadamente en el gran cobertizo, alegre y brillante. Y tres niños hubieran bastado para ponerlo todo en marcha; uno en el botón del tornillo sin fin, otro en el botón de los electrodos, otro en el de la plaza   acera móvil.

— Qu  dice usted de esto, querido Morfain?  Qu 



dice usted de esto?—repetía Jordán triunfante. El anciano, sin una palabra, inmóvil, seguía mirando. Caía la noche, la obscuridad invadía el cobertizo y la batería funcionaba con regularidad mecánica y suave. Fríos, oscuros, los diez hornos parecían dormir mientras las carretillas de mineral, movidas por el tornillo sin fin, se desocupaban una á una. Cada cinco minutos las puertas de platino se habrían, el blanco brillo de las diez coladas iluminaba el espacio, las diez barras de fundición en que florecían los azulejos, entre espigas de oro, caminaban llevadas por la especie de acera móvil, con lenta marcha continua. A la larga resultaba extraordinario el espectáculo de estas iluminaciones repentinas, como rítmicas, regulares.

Petit-Da, callado hasta entonces, quiso dar algunas explicaciones. Señaló el cable grueso que, bajando de las armaduras, traía la corriente.

—Mira, padre; la electricidad llega por ahí, y tiene tal fuerza, que si se rompieran los hilos todo saltaría como si cayera un rayo.

Lucas, que ya no temía, viendo á Morfain tan tranquilo, se echó á reír.

—No diga usted eso, va usted á asustar á la gente. No saltaría nada; el peligro sería solo para el imprudente que tocara los hilos. Y además, el cable es sólido.

—¡ Ah! eso sí;—añadió Petit-Da;—buenos puños harían falta para romperlo.

Morfain, que seguía impasible, se había acercado; no tenía más que levantar las manos para alcanzar el cable. Allí estuvo inmóvil algunos segundos todavía, enjuto el rostro en que nada se leía. Pero súbitamente, brillaron sus ojos de tal manera, que Lucas volvió á alarmarse, temiendo una catástrofe.

—¿ Eso crees? ¿ Buenos puños?—dijo Morfain, hablando al fin.—¡ Vamos á verlo, hijo mío!

Y antes que hubiera tiempo para impedirselo, cogió el cable entre sus manos endurecidas por el fuego, semejantes á tenazas de hierro. Y lo retorció, lo rompió con un esfuerzo sobrehumano, como un gigante irritado rompería el bramante de un juguete. Y vino el rayo; los hilos se habían tocado, una chis-

pa formidable había saltado deslumbradora. Todo el cobertizo quedó en tinieblas, sólo se oyó en la obscuridad la caída de un cuerpo grande; el corpulento anciano se desplomaba de un golpe, como una encina derribada; hubo que correr á buscar linternas. Jordán y Lucas, trastornados, sólo pudieron comprobar la muerte, mientras Petit-Da gritaba y lloraba. Tendido de espaldas, el viejo maestro fundidor no parecía haber sufrido, coloso intacto de la antigua fundición á quien ya no mortificaría más el fuego. Ardía la ropa y hubo que apagarla. No había querido sobrevivir al monstruo amado, aquel horno alto, antiguo, del que ya era el último devoto.

Con él acababa la lucha primera, el hombre domador del fuego, conquistando los metales, encorvado bajo la voluntad de la penosa faena, haciendo orgulloso una nobleza del largo trabajo abrumador de la humanidad en marcha para la felicidad futura. No había querido saber nada siquiera del bien que traían los nuevos tiempos. Caía como héroe fiero y tenaz de la antigua servidumbre. Vulcano encadenado en su fragua, enemigo ciego de todo lo que le libertaba, poniendo su gloria en su sujeción, creyendo que era degeneración disminuir algún día el sufrimiento y el esfuerzo. La fuerza de la edad nueva, el rayo que él había venido á negar, á consultar, le había aniquilado; y dormía.

Algunos años después hubo aún tres matrimonios, para acabar de mezclar las clases, de estrechar los lazos en aquel reducido pueblo fraternal y pacífico. El hijo mayor de Lucas y Josina, Hilario Froment, un robusto mozo de veintiseis años ya, se casó con Colette, graciosa rubia, menuda, de diez y ocho, hija de Nanet y de Nisa. La sangre de los Delaveau quedó como aplacada en la sangre de los Froment y de la pobre Josina, un día recogida en el umbral del Abismo, muerta de hambre. Después Teresa Froment, tercer vástago, alta, hermosa, alegre, á los diez y siete años, se casó con Raimundo, que le llevaba dos años; el hijo de Petit-Da y de Honorina. La sangre de Froment se unía á la de Morfain, los obreros épicos, y á la del vencido Caffiaux. Y Leonia, hija de Aquiles Gourier y de Azulina, de veinte años, se casó



con un hijo de Bonnaire, Severino, de su edad, el hermano menor de Luciano. La agonizante burguesía se unía al pueblo, á los rudos trabajadores resignados de las edades muertas, y también á los obreros revolucionarios, camino de emanciparse.

También hubo grandes fiestas. La descendencia feliz de Lucas y de Josina iba á fructificar, pulular, ayudando á poblar la ciudad nueva.

Vencía el amor; alegre, joven, conducía á todos, parejas, familias, pueblo entero, á la final armonía. Cada nuevo matrimonio era una casita nueva entre árboles y praderas; la ola de casas que acababa de invadir y borrar el viejo Beauclair. El antiguo barrio leproso, de casuchas inmundas, quedaba arrasado; en su lugar anchas vías con árboles y fachadas risueñas. Estaba amenazado hasta el barrio burgués; se abrían calles nuevas, se ensanchaban y cambiaban de destino los antiguos edificios, la Subprefectura, la Audiencia, la Cárcel. Sólo la vetustísima iglesia agrietada, cuarteada, seguía en medio de una plazuela desierta, que parecía campo de zarzas y ortigas. Los antiguos caserones solariegos, las casas pegadas unas á otras, dejaban el puesto á viviendas de más hermandad, más sanas, esparcidas por el inmenso jardín que venía á ser todo el pueblo. Aguas corrientes y viva luz daban alegría á todas ellas.

La ciudad estaba fundada; grande y muy gloriosa ciudad, cuyas avenidas llenas de sol, seguían prolongándose y ya rebosaban sobre los campos vecinos de la fértil Rumaña.

### III

Pasaron diez años más, y el amor había unido á las parejas; el amor vencedor y fecundo hizo nacer y crecer en cada hogar nuevos hijos, que traían el porvenir. Con cada generación nueva se difundiría y reinaría en el mundo un poco más de verdad, de justicia y de paz.

Lucas, de sesenta y cinco años ya, á medida que se hacía viejo, sentíase dominado por la pasión creciente

de los niños. Ahora que el edificador de ciudades, el creador de un pueblo, que en él había, veía construirse la ciudad soñada, preocupábase sobre todo con las generaciones en germen, iba hacia los niños, les dedicaba sus horas todas, pensando que eran el porvenir. Eran ellos, eran los hijos de sus hijos, y eran, mejor aún, los hijos de éstos, los que debían ser un día un pueblo inteligente y sabio, en el cual se realizaría toda la equidad y bondad que él había querido. No es posible rehacer los hombres maduros, cuando han vivido con las creencias y los hábitos con que el atavismo los encadena. Pero puede obrarse sobre los niños, librándolos de las falsas ideas, ayudándoles á crecer y á progresar, según la evolución natural que en sí propios llevan. Y él lo veía claro, cada generación debe ser así, un paso adelante, cada una de ellas crea más certidumbre, más paz y mayor felicidad. Solía decir, sonriendo, que los niños eran los conquistadores más fuertes y los más victoriosos de su pueblo en marcha.

En las largas visitas matutinas que Lucas continuaba haciendo á su obra, dos veces por semana, consagraba lo mejor de su alma y de su tiempo á las escuelas, y también á los asilos maternos, en donde estaban recogidos los más pequeños. Ordinariamente comenzaba por ellos antes de ir á los talleres y á los almacenes, gozando al contemplar toda aquella infancia riente y sana, desde que el sol salía. Como cada semana cambiaba los días de su inspección animadora, no se le esperaba, presentábase de improviso entre aquella gentecilla bulliciosa, donde todos le adoraban como á un abuelo muy alegre y muy bueno.

Un martes, Lucas, resuelto á visitar á sus queridos hijos, como él los llamaba á todos, se dirigía hácia las escuelas á las ocho de una mañana deliciosa de primavera. El sol caía como lluvia de oro por entre los nuevos verdores, y él caminaba á paso breve por una de las avenidas, cuando se detuvo al oír una voz querida que le llamaba en el instante de pasar por delante de la casa de los Boisgelin.

Susana, que le había visto cruzar, se adelantaba hasta la puerta del jardín.

— ¡Oh! amigo mío; hágame usted el favor de en-